

DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo C)

San Pablo, en la segunda lectura, nos dice: «Aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra». Estas palabras del apóstol nos ayudan a entender el evangelio de hoy. Un hombre va a Jesús por una cuestión de herencia, una disputa familiar. Se trata de una discusión sobre algo temporal. Jesús lo reconduce a su verdadera dimensión: los bienes de la tierra se ordenan a los del cielo. Todas las cosas son buenas si nos acercan a Dios. En cambio, si se convierten en un fin en sí mismas, de tal manera que nos alejan de nuestro último fin, entonces pasan a ser malas.

¿Significa el evangelio de hoy que a Jesús no le interesan los asuntos humanos? ¿Podemos deducir que el buen cristiano es aquel que vive ajeno a los asuntos del mundo? Evidentemente no.

En el concilio Vaticano II se señala que hay una legítima autonomía de las realidades temporales. Dicha autonomía no significa independencia del Creador, sino que se rigen por leyes propias, que hay que respetar. Dios así lo ha previsto. El reparto de una herencia entra dentro del campo de lo que ha de ser regulado por la justicia. De hecho, todos los ordenamientos jurídicos prevén, en sus leyes, cómo debe repartirse una herencia. No es un asunto en el que debamos, de forma directa, inmiscuir a Dios. Lo que la fe hace es iluminar al hombre para que lo oriente todo hacia Dios, también su obrar terreno (individual y social).

Jesús, además, en su respuesta saca al descubierto que aquel hombre que se ha dirigido a él lo hace movido por la codicia. No busca la justicia, sino que ha sido atraído por los bienes materiales. Por eso, Jesús nos recuerda que es inútil asegurar nuestro sustento material si lo hacemos al precio de la salvación del alma. Eso vale para cada individuo particular y para el conjunto de la humanidad. Hace años, Pablo VI declaraba: «El auténtico progreso es el de todo el hombre y de todos los hombres». Es decir, el mundo va mejor si todos los hombres se ven beneficiados por el progreso. Pero, además, para que este sea auténtico, es necesario que afecte a todas las dimensiones del ser humano. Si se avanza mucho a nivel económico o científico, pero moralmente el hombre se degrada, entonces estamos ante un falso progreso. Es la vaciedad de que habla el Eclesiastés: algo muy aparatoso, pero interiormente vacío, sin alma.

De ahí que san Pablo nos recuerde que, una vez bautizados, nuestra auténtica vida «está escondida con Cristo en Dios». Las preocupaciones del mundo, sus seducciones y todo lo que comportan pueden, en ocasiones, hacernos olvidar esta gran verdad: soy ciudadano del cielo. Y, uno de los males que más nos apega a esta tierra es el afán de riquezas. Por eso Jesús nos dice: «Guardaos de toda clase de codicia. Pues, aunque uno ande sobrado, su vida no depende de sus bienes».